

na, si mi casa no estuviera al otro lado de la calle. Y todavía hemos de vernos, porque el Clouque pasa por el extremo del patio de mi suegra. Quiero entrar en el ajo, ¡rayos y truenos!

—Pero,—añadió Laboque,—por lo pronto tenemos á la señora Mitaine que está en las mismas condiciones que yo y cuya casa sufre perjuicio como la mía desde que se agotó el arroyo... ¡usted se quejará! ¿no es así, señora Mitaine?

La habían invitado á venir con la oculta intención de obligarla á comprometerse formalmente, pues sabían que ante todo deseaba la paz suya y la ajena como mujer excelente. Ella, comenzó por reirse.

—¡Bah! El daño hecho á mi casa por la desaparición del Clouque! No, no, vecino; la verdad es que yo había dado orden de que nunca se empleara ni una gota de aquella agua corrompida, por temor de que enfermaran mis parroquianos... Era tan sucia y olía tan mal, que sería preciso, absolutamente, el día que nos devolviesen el arroyo, gastar el dinero necesario para librarnos de él, haciéndole pasar bajo tierra como ya se pensó la otra vez.

Laboque fingió que no oía.

—Pero en fin, señora, usted está con nosotros, sus intereses son los nuestros y si yo gano mi pleito, usted seguirá á todos los propietarios y viviremos asegurados por la cosa juzgada.

—Veremos, veremos,—respondió la hermosa panadera, ya seria.—Sí quiero estar con la justicia, si es justo.

Laboque tuvo que contentarse con esta promesa condicional. La exaltación de la ira le sacaba de quicio; ya creía conseguida la victoria, aplastadas aquellas locuras socialistas, cuyo ensayo en cuatro años había hecho descender en una mitad el precio de su comercio. Dando puñetazos sobre la mesa con Dacheux, vengaba á toda la sociedad; en tanto que el prudente Caffiaux, de complicada diplomacia, esperaba el triunfo del Beauclair viejo ó de la Crecherie antes de comprometerse mucho. Y allá en su mesa en que se servían pasteles y almíbares, los niños, sin oír nada de la próxima batalla, fraternizaban como

una alegre bandada de pájaros libres en el ancho cielo, en el libre porvenir.

Todo Beauclair se conmovió cuando se supo que Laboque había acudido á la justicia, reclamando veinticinco mil francos; lo cual era el ultimatum, la declaración de guerra. Ya había un banderín de enganche, las hostilidades esparcidas se reconcentraron, se agruparon en un ejército activo que se declaró netamente contra Lucas y su empresa, la fábrica diabólica en que se preparaba la ruina de la sociedad antigua y respetable. Eran la autoridad, la propiedad, la religión, la familia lo que se trataba de defender. Beauclair entero acababa por ser de la partida; los almacenistas perjudicados sublevaban á sus parroquianos, seguía la burguesía por el terror de las nuevas ideas. No había modesto hacendado que no se creyera amenazado de un cataclismo espantoso que destruiría su limitada existencia de egoísta. Las mujeres se indignaban, se sublevaban desde que el triunfo de la Crecherie se les presentaba como el de un inmenso lupanar donde todas ellas estarían á merced del primer transeunte que quisiera llevárselas. En tanto los obreros, los pobres hambrientos, se alarmaban y empezaban á maldecir al hombre cuyo anhelo ardiente era salvarlos. Le acusaban de agravar su miseria haciendo más inexorables á los patronos y á los ricos. Pero lo que sobre todo envenenaba y enloquecía á Beauclair, era la campaña violenta que el periódico local publicado por el impresor Lableu hacía contra Lucas. Con tal ocasión el periódico se había hecho bisemanal, y se sospechaba que el capitán Jollivet era el autor de los artículos cuya virulencia tanto impresionaba. El ataque, por lo demás, se reducía á un bombardeo de errores y mentiras, todo el lodo de necedad que se arroja al socialismo poniendo en caricatura sus intenciones y manchando sus ideas. Pero el buen éxito de semejante táctica sobre cerebros débiles é ignorantes era seguro, y fué maravilloso el ver como la exaltación fué ganando terreno en medio de intrigas complicadas, teniendo contra el perturbador público á todas las clases enemigas, furiosas al notar que se las molestaba en su cloaca se-

cular, bajo el vano pretexto de conducirlos reconciliados á la ciudad sana, á la ciudad justa y dichosa del porvenir.

Los días antes de que se viera ante el tribunal civil de Beauclair el litigio promovido por Laboque contra Lucas, hubo en el Abismo, en casa de los De-laveau, un gran almuerzo cuyo objeto secreto era verse y entenderse antes de la batalla. Estaban invitados, naturalmente, los Boisgelin, Gourier el alcalde, el Sub-Prefecto Chatelard, el juez Gaume, con su yerno el capitán Jollivet, y en fin, Marle el cura. También estaban las señoras, para que la reunión conservara, en apariencia, aspecto de amable intimidad.

Chatelard, según costumbre, pasó por casa del alcalde á las once y media, para llevárselos á él y á su mujer, Leonor, siempre hermosa. Desde que la Crecherie iba bien, Gourier pasaba malos ratos de inquietud y de duda. Primero, había conocido entre los centenares de obreros que empleaba en su gran zapatería de la calle de Brías, una especie de vacilación, la nueva conmoción que pasaba, la amenaza de asociarse. Después se había dicho si no sería mejor ceder, ayudar él mismo á tal asociación que le arruinaría si no entraba en ella. Pero este era un combate interior que ocultaba, pues tenía una llaga viva, el rencor que le hacía enemigo personal de Lucas, desde que su hijo Aquiles, el buen mozo independiente, había roto con él para ocupar un empleo en la Crecherie, donde estaba más cerca de Azulina, su novia de las claras noches. Había prohibido el alcalde que se pronunciara en su presencia el nombre del ingrato, desertor de la burguesía unido al enemigo de toda seguridad social. Y sin querer confesarlo, la misma marcha de su hijo agravaba su incertidumbre con el sordo temor de verse acaso un día obligado á seguirle.

En cuanto vió entrar á Chatelard, le dijo:

—Pleito tenemos. Laboque ha vuelto por unos certificados. Su idea sigue siendo la de que todo el pueblo se mezcle en el asunto y hay que ayudarle, después de haberle empujado como hemos hecho.

El Sub-Prefecto no hizo más que sonreír.

—No, no, amigo mío, óigame usted, no comprometa al pueblo... Ha sido usted bastante sagaz para atender á mis razones, no mostrándose parte y dejando aventurarse á ese terrible Laboque, que tiene sed de venganza y de sangre. Se lo ruego, siga usted así, como simple espectador: siempre habrá tiempo para aprovecharse de su victoria, si vence... ¡ay amigo mío, si supiera usted lo bueno que es siempre no mezclarse en nada!

Y con un ademán completó su pensamiento, dijo toda la paz que gozaba en su Sub-Prefectura desde que se había hecho olvidar. Las cosas iban de mal en peor en París, la autoridad central se hundía un poco cada día, se acercaba el tiempo en que la sociedad burguesa tendría que hacerse polvo por sí misma ó dejarse llevar por una revolución; y él, como buen filósofo escéptico no pedía más que durar hasta entonces, feliz sencillamente, sin demasiados disgustos, en el tibio nido que se había escogido. Así toda su política no consistía más que en dejar correr los hechos ocupándose en ellos lo menos posible, convencido también de que el gobierno en medio de las dificultades en que agonizaba le agradecería infinito que abandonara la bestia á una dulce muerte sin zarandearla más. Era magnífico un Sub-Prefecto de quien no se oía hablar jamás, cuyo inteligente esfuerzo había suprimido en Beauclair toda preocupación gubernamental. Y había logrado su intento; nadie se acordaba de él más que para colmarle de elogios, mientras acababa apaciblemente de enterrar á la sociedad moribunda, viviendo él su último otoño en el regazo de Leonor hermosa.

—Ya lo sabe usted, amigo mío; no se comprometa usted, pues en un tiempo como el nuestro no se puede saber lo que sucederá mañana. Hay que esperar todo, y lo mejor es no hacerse incompatible con nada. Deje usted á los demás ir delante y correr el riesgo de romperse los huesos, y después ya verá lo que ha de hacer.

Pero entraba Leonor vestida de seda clara, como

rejuvenecida después de haber pasado de los cuarenta, de una belleza rubia majestuosa, con ojos cándidos de devota en aquel hogar de tres aceptado por lo demás, por el pueblo entero. Chatelard le cogió la mano, la besó, galante como el primer día, instalado allí para acabar así la existencia, mientras el marido con aire de verse libre de deberes demasiado pesados, envolvía á los dos en una mirada afectuosa, como hombre que en otra parte tenía compensaciones y cuya dicha estaba ya para siempre bien ordenada.

—¿Ya estás lista? Entonces nos vamos, no es eso Chatelard?... y no tenga usted miedo, soy prudente, no tengo ganas de meterme en algún lío que pudiera costarme la tranquilidad. Pero ya lo sabe usted, ahora en casa de los Delaveau hay que decir lo que digan los demás.

A la misma hora, el presidente Gaume esperaba en casa á su hija Lucila y á su yerno el capitán Jollivet con los cuales había de ir al almuerzo de los Delaveau. El presidente había envejecido mucho en los cuatro años; parecía más severo y más triste, maníaco del derecho, se pasaba horas y horas fundando las sentencias con creciente minuciosidad. Se decía que se le había oído sollozar, ciertas noches, como si todo se hundiese á sus piés, hasta aquella justicia humana á la cual se agarraba desesperado para no verse tragado con este último resto. En el doloroso recuerdo del drama íntimo que le abrumaba, la traición y la muerte violenta de su mujer, debía de sufrir, sobre todo, viendo este drama renacer en su hija adorada aquella Lucila de rostro virginal, de tan extraño parecido con su madre, que engañaba á su marido, como aquella le había engañado á él. No hacía seis meses que era mujer del capitán Jollivet cuando ya traidora se entregaba al pasante de un abogado, un galopín medrado, rubio, más joven que ella, de ojos azules de muchacha. El presidente, que sorprendió la intriga, padeció atrocemente como si volviera á empezar la traición, por cuya herida su corazón seguía sangrando. No se atrevió á buscar una explicación dolorosa; hubiera creído revivir el terrible día en que su mujer se había matado delante de

él, confesando su culpa. ¡Abominable mundo en que todo lo que había amado le había hecho traición! ¡Cómo creer en una justicia cuando las más hermosas y las mejores hacían sufrir tanto!

Pensativo y moroso, el presidente Gaume estaba sentado en su gabinete acabando de leer el diario de «Beauclair», cuando se presentaron el capitán y Lucila. El artículo de violento ataque contra le Crecherie que había leído le parecía necio, desmañado y grosero. Y lo dijo tranquilamente.

—Supongo que no es usted, amigo Jollivet, quien escribe semejantes artículos, aunque eso se murmura. De nada sirve injuriar á los adversarios.

El capitán mostró cierta modestia.

—¡Oh! escribir, ya sabe usted que yo no escribo; nunca ha sido eso de mi gusto. Pero es verdad, yo doy las ideas á Lebleu; ya usted sabe, un pedazo de papel, notas con las cuales él hace redactar eso después á no sé quién.

Y como el presidente continuaba haciendo un gesto de desaprobación, continuó:

—¿Qué quiere usted? Se bate uno con las armas que tiene. Si estas malditas fiebres del Sudán no me hubiesen obligado á presentar la dimisión, á sablazos sería como yo caería sobre esos ideólogos que están á punto de derribarnos con sus utopías criminales... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué consuelo sería pinchar á una docena!

Lucila, pequeña y bonita, que se callaba, sonreía de modo enigmático; y echó sobre su marido, aquel hombro de triunfantes mostachos, una mirada de tan clara ironía, que el magistrado leyó en ella sin trabajo el desdén burlón que la joven consagraba al espadachín, con el cual jugaban sus delicadas manos de rosa como una gata con un ratón.

—¡Ah, Carlos!—murmuró.—¡no seas malo, no digas cosas que me dan miedo!

Pero se encontró con los ojos de su padre, temió que la adivinara y añadió con aire de cándida virgen:

—¿No es verdad querido papá que Carlos hace mal en pudrirse así la sangre? Debíamos vivir tranquilos, en nuestro rincón, y acaso Dios nos bendijera mandándonos por fin un niño hermoso.

Comprendió Gaume que seguía burlándose, mientras evocaba la imagen del amante, el rubio pasante de abogado, de ojos azules de muchacha, del cual había hecho una muñeca viciosa.

—Todo eso es bien triste y bien cruel,—concluyó el presidente sin precisar—¿qué resolver, qué hacer, cuando todos se engañan y se devoran?

Se levantó con trabajo y cogió el sombrero y los guantes para ir á casa de los Delaveau. En la calle, Lucila, á quien adoraba, á pesar de tantos disgustos se le colgó del brazo y hubo un momento de delicioso olvido como si fueran dos novios reconciliados.

En el Abismo, á mediodía, Delaveau se reunió con Fernanda en el gabinete que daba al comedor, en el piso bajo del antiguo pabellón de los Qurignon, donde ahora vivía el director de la fábrica. Era mansión bastante reducida; abajo no había más que otra habitación, despacho de Delaveau, que comunicaba por una galería de madera con las próximas oficinas del establecimiento. Arriba, en el primer piso y en el segundo, estaban los dormitorios. Desde que una mujer joven, loca por el lujo, había entrado allí, las antiguas paredes negras, estaban cubiertas con tapices y colgaduras que eran algo de los esplendores y goces soñados.

Boisgelin fué el primero que se presentó, solo.

—¡Cómo!—exclamó Fernanda con expresión dolorida.—¿No viene Susana?

—Le ruego á usted que la dispense,—respondió correctamente Boisgelin.—Desde por la mañana tiene tal jaqueca que no ha podido salir de su cuarto.

Siempre que había que venir al Abismo, sucedía igual; Susana encontraba un pretexto para evitar este aumento de dolor; y sólo Delaveau, ciego, no comprendía nada.

Boisgelin cambió en seguida de conversación.

—¿Con qué, estamos en vísperas del famoso pleito? ¿No es eso? es cosa hecha; la Crécherie está condenada de antemano.

Delaveau alzó los robustos hombros.

—Que la condenen ó no, ¿qué nos importa? Sin duda nos hace daño envileciendo el precio de los

hierros; pero no estamos en competencia de fabricación y la cosa todavía no es grave.

Temblando, de una maravillosa belleza aquel día, Fernanda le miró con ojos de fuego.

—¡Oh! Tú no sabes aborrecer... ese hombre se te ha atravesado en todos tus proyectos, ha fundado á la puerta de tu fábrica otra, rival, cuyo buen éxito sería la ruina de la tuya... Es siempre el obstáculo, la amenaza, y tú ni siquiera deseas su ruina. ¡Ah, que lo arrojen desnudo al hoyo; me alegraré!

Desde el primer día había comprendido que Lucas iba á ser el enemigo, y no podía hablar sin odio de este hombre que amenazaba sus placeres. Aquel era el gran crimen, el único; exigía ella para su hambre siempre creciente de goces y de lujos, ganancias mayores sin cesar, una fábrica próspera, centenares de obreros trabajando el acero ante la boca abrasada de los hornos. Ella era quien devoraba hombres y dinero; el Abismo con sus martillos pilones, sus máquinas gigantescas, no bastaba para calmar su apetito. ¿Qué se haría su anhelo de gran vida futura de millones amontonados y devorados, si peligraba el Abismo y sucumbía por la competencia? Por esto, no dejaba en paz ni á su marido ni á Boisgelin, empujándoles, inquietándoles, aprovechando todas las ocasiones para demostrar su cólera y sus temores.

Boisgelin, que veía una especie de superioridad en no ocuparse jamás en los asuntos de la fábrica, gastando sin contar las ganancias con la vanagloria del buen mozo querido, elegante caballero, gran cazador, solía temblar, sin embargo, cuando oía á Fernanda hablar de la ruina posible. Y se volvió á Delaveau, en quien seguía teniendo confianza absoluta.

—Tú estás tranquilo, ¿no es así, primo?... ¿no marcha bien todo?

El ingeniero se encogió de hombros otra vez.

—Te repito que la fábrica todavía no sufre perjuicios... Todo el pueblo se levanta contra ese hombre; es un loco. Se va á ver su impopularidad; y si en el fondo me alegro del pleito, es porque eso va á acabar de desconceptuarle en la opinión de Beauclair. Antes de tres meses, todos los obreros que nos ha llevado

volverán con las manos en cruz á suplicarme que los admita otra vez en el Abismo. ¡Ya veréis, ya veréis! No hay más que la autoridad; la emancipación del trabajo es una tontería; el trabajador no hace nada de provecho en cuanto es dueño de sí mismo.

Tras una pausa, añadió con voz lenta y con la sombra de una preocupación en los ojos:

—Sin embargo, debiéramos ser prudentes; la Crécherie no es una competencia despreciable, y lo que me inquietaría sería no tener en una necesidad repentina los fondos necesarios para la lucha. Vivimos demasiado al día, se hace indispensable crear una reserva caja de reserva, dejando en ella, por ejemplo, el tercio de las ganancias anuales.

Fernanda contuvo un gesto de involuntaria protesta. Ese era su temor, que el tren de su amante disminuyese teniendo ella que perder algo de los goces de su orgullo y de las diversiones que de allí sacaba. Tuvo que contentarse con mirar á Boisgelin, que espontáneamente respondió con toda claridad:

—No, no, primo, en este momento no; no puedo dejar nada, tengo gastos muy grandes. Por lo demás, vuelvo á darte las gracias porque haces producir á mi dinero más de lo prometido... Ya veremos más tarde; volveremos á hablar de esto.

Pero Fernanda seguía nerviosa y su cólera sorda cayó sobre Nisa, á quien la doncella acababa de hacer almorzar sola y la traía antes de llevarla á pasar la tarde en casa de una amiguita. Nisa, que iba á cumplir siete años, crecía graciosa, sonrosada y rubia siempre sonriente con sus cabellos locos, que la hacían parecerse á un rizado cordero.

—Vea usted, señor Boisgelin, aquí está una niña desobediente que me va á poner mala... Pregúntela usted lo que hizo el otro día en la merienda que dió á su hijo de usted Pablo y á Luisa Mazelle.

Sin la menor turbación, Nisa continuaba sonriendo alegre, clavando en todos sus límpidos ojos azules.

—¡Oh!—continuó la madre,—no confesaré ella su culpa... Pues bueno, á pesar de mi prohibición repetida, cien veces ha vuelto á abrir la antigua puerta que da á nuestro jardín y ha hecho entrar á toda la

pillería indecente de la Crécherie. Entre ellos el tal Nanet, un terrible galopin que se le ha entrado por el alma. Y también eran de la partida su Pablo de usted y Luisa Mazelle, que fraternizaban con toda la patulea de los chicos de Bonnaire, de ese que nos dejó de tan mala manera. ¡Si, Pablo con Antonieta y Luisa con Luciano eran conducidos por la señorita Nisa y su Nanet á la devastación de nuestros arriates!... Y vea usted, ni siquiera se la cae la cara de vergüenza.

—Y hago bien,—respondió sencillamente Nisa con voz clara;—nada hemos roto y nos hemos divertido mucho juntos... ¡Nanet es muy gracioso!...

Tal respuesta acabó de incomodar á Fernanda.

—¡Ah! Te parece gracioso... Pues oye, si en la vida te vuelvo á sorprender con él, te dejo sin postres ocho días. No quiero por causa tuya tener alguna cuestión con los de al lado. Irían diciendo por todas partes que atraemos á sus hijos para que se pongan malos... Ya lo oyes, ahora hablo en serio, si vuelves á buscar al tal Nanet, nos veremos.

—Bien, mamá,—dijo Nisa con aire tranquilo y risueño.

—Y en cuanto salió con la doncella, después de besar á todos, concluyó la madre:

—Es muy sencillo, voy á tapiar la puerta y estaré segura de que los niños ya no pueden juntarse. No hay cosa peor que estos juegos de chiquillos; cogen la peste juntos.

Ni Delaveau ni Boisgelin, habían intervenido, no viendo en todo aquello más que niñerías, aunque partidarios de las medidas severas por razón del orden. Y el porvenir germinaba. Nisa, tenaz, llevaba en su corazoncito la imagen de Nanet, que era tan gracioso y jugaba tan á su gusto.

Llegaron por fin los convidados, los Gourier con Chatelard, luego el Presidente Gaume con el matrimonio Jollivet. Según su costumbre, Marle el cura se presentó el último, retrasado. Eran diez; los Mazelle, que no podían venir á almorzar, habían prometido formalmente no faltar al café. Fernanda puso á su derecha al Sub-Prefecto y al Presidente á la iz-

quiera, mientras Delaveau se sentaba entre las dos señoras Leonor y Lucila, y en los extremos estaban Gourier y Boisgelin, el cura y el capitán. Habían querido ser pocos para charlar más á su gusto. Además, el comedor que avergonzaba á Fernanda, era tan pequeño, que el antiguo aparador de caoba estorbaba para el servicio de los comensales, en pasando de una docena. En cuanto vino el pescado, deliciosas truchas del Mionna, la conversación fué á dar sucesivamente á la Crécherie y á Lucas. Y lo que decían estos burgueses instruidos, en situación de conocer lo que llamaban utopia socialista, apenas suponía más inteligencia ni más juicio que las extraordinarias apreciaciones de los Dacheux y los Laboque. El único que hubiera podido comprender era Chatelard. Pero éste lo tomaba á broma:

—Ya sabéis que chicos y chicas crecen juntos en las mismas clases, en los mismos talleres y supongo que en los mismos dormitorios, de suerte que ahí tenemos una ciudad en pequeño que se va á poblar rápidamente. Todos en familia, todos papás y mamás con una caterva de hijos de todo el mundo.

—¡Oh, que horror!—dijo Fernanda con aire de profundo disgusto, pues fingía mucho recato.

Leonor, cada vez más influida por la moral severa de la religión, se inclinó hacia el cura, su vecino, murmurando:

—Es una vergüenza que Dios no permitirá.

Pero el clérigo se contentó con levantar los ojos al cielo, pues su situación se hacía tanto más difícil cuanto que no había querido romper con Sceurette y seguía almorzando periódicamente en la Crécherie. Se debía á todas sus ovejas, especialmente á las que habían abandonado el aprisco y él creía capaces de volver á él. A esto lo llamaba permanecer en la brecha, luchar contra la invasión del espíritu malo. Se hacía inútil su esfuerzo por santificar la agonía de la vieja sociedad y sentía una tristeza profunda viendo cada vez más escasos los fieles en su iglesia.

Boisgelin se puso á contar cierta historia.

—En una pequeña colonia comunista donde ya se ensayó eso, no tenían bastantes mujeres, y ¿qué hi-

cieron? pues iban desfilando y pasaban una noche con cada hombre. A esto lo llamaban el relevo.

Una carcajada aflautada de Lucila resonó tan alegre, que todos la miraron. Pero ella no se alteró, siguió en su aire candoroso; no hizo más que mirar de soslayo á su marido para ver si le hacía gracia el asunto.

Delaveau hizo además de no dar importancia á aquello. No le preocupaba lo de las mujeres en común. Lo grave era la autoridad minada, el sueño criminal de vivir sin amo.

—Hay en eso una idea que no se me alcanza.—dijo. —¿Cómo se va á gobernar su ciudad futura? Y no hablemos más que de la fábrica; dicen que llegarán por la asociación á suprimir el salario y que se hará un justo reparto de la riqueza el día en que no haya más que trabajadores que darán cada uno su parte de esfuerzo á la comunidad. No conozco sueño más peligroso, porque es irrealizable. ¿No es así, señor Gourier?

El Alcalde que comía con la cara metida por el plato, se limpió la boca muy despacio antes de responder, viendo que el Sub-Prefecto le miraba.

—Irrealizable, sin duda... Sólo que no hay que condenar á la ligera la asociación. Hay en ella una gran fuerza de que acaso lleguemos nosotros mismos á servirnos.

Esta prudencia indignó al capitán, que gritó fuera de sí:

—¡Cómo se entiende! ¿Llegaría usted á no condenar en redondo los abominables atentados que ese hombre, hablo del tal señor Lucas, medita contra todo lo que amamos, nuestra vieja Francia tal como la espada de nuestros padres nos la han dejado?

Estaban sirviendo chuletas de cordero con cabezas de espárragos, y hubo entonces un clamor general contra Lucas. Este nombre oborrecido bastaba para aproximarlos á todos, para unirlos estrechamente en el terror de sus intereses amenazados, en una imperiosa necesidad de defensa y de venganza. Se tuvo la crueldad de pedir á Gourier noticias de su hijo Aquiles, el renegado, y el Alcalde tuvo que maldecirlo una

vez más. Sólo Chatelard seguía navegando de bolina y procuraba mantenerse en el tono de chanza. Pero el capitán seguía profetizando los mayores desastres si no se hacía volver al orden al faccioso inmediatamente y á patadas; y tal pánico sembró que Boisgelin, ya inquieto, provocó una declaración tranquilizadora de Delaveau.

—Nuestro hombre ya está cogido,—dijo el director del Abismo,—La prosperidad de la Crécherie es apariencia, y bastaría un accidente para que todo se hundiera... por ejemplo, mi mujer me ha dado un detalle.

—Si,—continuó Fernanda irritada, contenta porque podía desahogarse un poco;—me dió la noticia mi lavandera... Conoce á Ragú, uno de nuestros antiguos obreros que nos ha dejado para irse á la fábrica nueva. Pues bueno, parece que Ragú grita por todas partes que ya está harto de vivir encajonado, que allí se muere de aburrimiento y que no es él solo, y que el mejor día se vuelven para acá todos... El que comience dará el golpe necesario para bambolear á Lucas y aplastarle.

—Pero además,—dijo Boisgelin apoyándola,—tememos el pleito de Laboque. Supongo que eso bastará.

Hubo otra vez silencio mientras aparecía un pato *au sang*. Aquel pleito Laboque era la verdadera causa de esta reunión amistosa, pero nadie había osado hablar de él todavía, ante el silencio que guardaba el Presidente Gaume. Comía poco; sus ocultos pesares le habían hecho enfermar del estómago y se contentaba con escuchar á los comensales, mirándolos con sus ojos grises y fríos, á los que de intento no dejaba expresar sus ideas. Nunca se le había visto tan poco comunicativo, y esto llegó á molestarles, porque se quería saber hasta qué punto estaba con ellos y tener por lo menos la certeza de la sentencia que iba á pronunciar. Aunque no cabía en la cabeza de ninguno de ellos que pudiese absolver á Lucas, se esperaba que tuviese el buen gusto de adquirir un compromiso con palabras suficientemente claras.

Fué el capitán quien se lanzó al asalto.

—La ley es terminante, ¿no es así, señor Presidente? Todo perjuicio debe ser reparado.

—Sin duda,—respondió Gaume.

Esperaban algo más. Pero se calló. Y el asunto del Clouque que se discutió entonces ruidosamente, para obligarle á comprometerse más en serio. El arroyo infecto se convirtió en una de las galas de Beauclair; no se robaba agua así de un pueblo, sobre todo para dársela á unos aldeanos, después de haberles trastornado el juicio hasta el punto de hacer de su aldea un foco de anarquia furioso, cuyo contagio amenazaba al país entero. Todo el terror burgués apareció, pues la antigua y santa propiedad estaba muy enferma si los hijos de los duros aldeanos de otro tiempo llegaban á poner en común sus cuatro terrones. Tiempo era de que la justicia tomara cartas en el asunto haciendo cesar tamaño escándalo.

—Podemos estar tranquilos,—dijo por fin Boisgelin, lisonjero,—la causa de la sociedad va á encontrarse en buenas manos. Nada está por encima de un juicio justo dado con toda libertad por una conciencia honrada.

—Sin duda alguna,—repitió Gaume simplemente.

Y por esta vez hubo que contentarse con estas vagas palabras en que se quiso ver condenado de seguro á Lucas. Se había acabado: no había más, después de una ensalada rusa, que un helado de fresa y los postres. Pero los estómagos estaban satisfechos, se reía mucho y se cantaba victoria. Pasaron al salón para tomar café, y al llegar los Mazelle se los acogió como siempre, con un cariño algo burlón, pues tan excelentes hacendados, delicias de la pereza, enternecían los corazones. La enfermedad de la señora Mazelle no iba mejor, pero estaba encantada por que había obtenido del doctor Novarre unos nuevos sellos, con los cuales podía comer impunemente de todo. Sólo quedaban para pudrirles la sangre, aquellas cosas abominables de la Crécherie, las amenazas de la supresión de la renta y de la abolición de la herencia. ¿Para qué hablar de cosas tan desagradables? Mazelle, que velaba por su esposa beatíficamente, suplicó á los circunstantes con guiñadas que no se tratase más de aquellos atroces asuntos que comprometían la salud tan vacilante de su mujer. Y fué aquello encan-

tador; se apresuraron todos á vivir todavía la vida feliz, la vida de riqueza y de placer, cogiendo todas sus flores.

Llegó por fin el día del famoso proceso en medio de las iras y rencores que crecían; nunca pasiones tan furiosas habían trastornado á Beauclair. Lucas al principio se había asombrado y se había reído. La demanda de Laboque le había hecho gracia, pues el pedirle veinticinco mil francos de daños y perjuicios le parecía absurdo. Si el Clouque se había secado, era difícil probar que la causa consistía en haber él tomado y utilizado ciertas fuentes para la Crécherie; estas fuentes además estaban en su dominio, eran de los Jordán, libres de toda servidumbre, de suerte que el propietario tenía el derecho absoluto de disponer de ellas á voluntad. Por otra parte, hubiera sido necesario que Laboque apoyase en hechos el pretendido perjuicio que se le había causado, y esto procuraba demostrarlo con tal torpeza, que ningún tribunal en el mundo podía darle la razón. Como decía Lucas en broma, él era quien debía reclamar una suscripción pública para recompensarle por haber librado á los ribereños del envenenamiento de que tanto tiempo se habían quejado. El pueblo no tenía más que rellenar el cauce y vender los terrenos para edificar; buena ganga que les haría ganar algunos cientos de miles de francos. Se reía pues, no imaginando que semejante litigio pudiera ser serio. Sólo ante el encarnizamiento de los rencores, en frente de la hostilidad que en su contra por todas partes crecía, llegó á darse cuenta de la gravedad de la situación y del peligro mortal que amenazaba á su empresa.

Fué esto para Lucas un primer choque muy doloroso. Su candor optimista de apóstol, no era tan inocente que ignorase la maldad de los hombres. En la lucha que él había buscado contra el mundo viejo, ya esperaba que éste no cedería el puesto sin enfadarse y defenderse. Preparado estaba para el calvario que preveía, para las piedras y el lodo con que las turbas ingratas abrumaban por lo común á los precursores. Pero con todo, su corazón vaciló; sintió venir la amargura de las necesidades, de las crueldades y de las

traiciones. Bien comprendía que detrás del ataque interesado de Laboque y del comercio menudo, estaba toda la burguesía, todos los que poseían algo, sin querer soltar nada. Su ensayo de asociación, de cooperación, ponía en tal peligro á la sociedad capitalista, basada en el salario, que para ella se convertía en el enemigo público, del cual había que deshacerse á cualquier precio. Y el Abismo, la Guerdache, el municipio, la autoridad bajo todas sus formas, la del patronato, la comunal, la gubernamental se movían, entraban en la lucha, se esforzaban por aplastarle. En la sombra, los egoismos amenazados se acercaban, se unían, trabajaban con tal complicación de trampas, redes y lazos que se sentía perdido al menor paso en falso. Si caía, la trailla se arrojaría sobre él, sería devorado. Sabía bien sus nombres, uno por uno; los hubiera dicho: los funcionarios, los comerciantes, los simples hacendados de cara alegre que le hubieran comido vivo al verle desplomarse al volver de una esquina. Reprimiendo los latidos del corazón, se había armado para la batalla, convencido de que nada se funda sin luchar y de que siempre se sella con la propia sangre las grandes obras humanas.

La vista pública ante el tribunal civil, presidido por Gaume, fué un martes día de mercado.

Un continuo rumor llenaba á Beauclair. La multitud que había llegado de las aldeas próximas aumentaba aún la fiebre en la plaza de la Alcaldía y en la calle de Brias. Por esto, inquieta, Sourette había suplicado á Lucas que se dejara acompañar al tribunal por algunos amigos fuertes. Pero se negó, obstinado; quiso ir solo, como había también querido defenderse él mismo, aceptando un abogado sólo por fórmula. Cuando entró en la sala de Audiencias, muy estrecha y ya llena de un público ruidoso, hubo un silencio repentino, la molesta curiosidad que acoge á la víctima aislada y sin armas, que se ofrece al sacrificio. Su tranquilo valor irritó más á los enemigos que le juzgaron insolente. Se quedó en pié ante el banco de la defensa, miró tranquilamente á la muchedumbre que se apiñaba aplastándose, y reconoció á Laboque, Dacheux, Caffiaux y otros tenderos mezclados con la

ola anónima de la multitud, rostros inflamados de furiosos enemigos que jamás había visto. Algo le consoló notar que los íntimos de la Guerdache y del Abismo habían tenido á lo menos el buen gusto de no venir para verlo entregar á las fieras.

Se esperaban largos debates y de apasionado interés. No hubo nada de esto. Laboque había escogido uno de esos abogados de provincia con reputación de malignos que son el terror de una región. Y el mejor momento, en efecto, para los enemigos de Lucas fué cuando oyeron á este hombre que sintiendo la fragilidad del terreno legal en que apoyaba su reclamación de daños y perjuicios, se contentó con ridiculizar las reformas intentadas las reformas de la Crécherie. Hizo reír mucho con un cuadro cómico y venenoso de la sociedad futura. Despertó la ruidosa indignación de todos cuando mostró á los niños de uno y otro sexo pudriéndose juntos desde la infancia; la santa institución del matrimonio abolida, el amor volviendo á la bestialidad, las parejas tomándose y dejándose á la ventura para el desfreno de una hora. No obstante, la opinión general fué que no había encontrado un argumento supremo, el golpe de maza que hace ganar una causa, que aplasta á un hombre. Y fué tal la inquietud, cuando Lucas tomó á su vez la palabra, que sus frases más inocentes fueron acogidas con murmullos. Habló con sencillez, ni siquiera respondió á lo ataques contra su empresa; se contentó con demostrar con una fuerza de evidencia decisiva, que Laboque había fundado mal su demanda. ¿No había hecho un servicio á Beauclair si había saneado el pueblo secando el Clouque pestífero, y regalándole excelentes terrenos para edificar? Pero ni siquiera era un hecho probado que los trabajos ejecutados en la Crécherie fuesen la causa de la desaparición del agua, y esperaba que se le diese una prueba cierta. Al acabar, un poco de la amargura de su corazón ulcerado, apareció, cuando declaró que si no reclamaba el agradecimiento de nadie por lo que ya creía haber hecho de útil, quedaría muy contento con que le dejasen proseguir su obra en paz sin promoverle enojosas cuestiones. Varias veces tuvo el Presidente que imponer

silencio al auditorio; y después que el ministro fiscal hubo hablado también de una manera confusa, de propósito, dando, y quitando la razón á las dos partes, vino la réplica del abogado de Laboque tan violenta que suscitó clamores al tratar á Lucas de anarquista, empeñado en la destrucción del pueblo; y el Presidente tuvo que amenazar al público con hacer despejar la sala si tales manifestaciones se repetían. Después señaló quince días de término para la sentencia. A los quince días todavía las pasiones estaban más exaltadas. Había golpes en el mercado esperando la sentencia. La casi unanimidad estaba convencida de que Lucas sería condenado á pagar, por lo menos, de diez á quince mil francos de daños y perjuicios, sin contar las consecuencias, la obligación de volver á dejar la Clouque como estaba. Sin embargo, algunos meneaban la cabeza, no las tenían todas consigo, pues no les había gustado la actitud del Presidente Gaume durante la vista. Le llamaban original, hasta se dudaba de que estuviera siempre en su juicio, desde que se le había visto tan sombrío, encerrado en escrúpulos enfermizos de justicia. Otro motivo de inquietud era la manera como había cerrado su casa para todos, al día siguiente de la vista, con el pretexto de una indisposición. Se decía que estaba completamente bueno, que sólo había querido sustraerse á toda presión y no recibir á nadie, para que nadie intentara influir en su conciencia de juez. Con las puertas y las ventanas cerradas ¿qué hacía en el fondo de su casa solitaria, en que no entraba ni su mujer ni su hija siquiera? ¿De qué lucha moral, de qué drama interior era presa en medio de su vida en la cual había caído el rayo sobre lo que había amado, sobre lo que había querido? La sentencia había de publicarse á medio día, al empezar la audiencia. En la sala había todavía más gente que la otra vez; más ruido, más pasión. Estallaban carcajadas de un extremo á otro, iban y venían frases violentas y otras de confianza. Todos los enemigos de Lucas habían acudido para verle aplastado. Y él, muy valeroso, tampoco ahora había querido que le acompañaran, prefiriendo presentarse solo para manifestar así su misión de paz. En pie

ante su banco, sonreía, miraba á la sala como si ni siquiera sospechase que toda aquella cólera rugía contra él. Por fin, con gran puntualidad entró Gaume, seguido de dos asesores y del fiscal. El ujier no tuvo necesidad de pedir silencio, todas las voces habían callado de repente, los rostros en tensión ardían de ansiosa curiosidad. El Presidente, que se había sentado, volvió á levantarse con la sentencia en la mano; y permaneció un instante inmóvil, silencioso, mirando á lo lejos, más allá de la turba. Al fin con voz lenta, sin expresión, comenzó la lectura. Fué larga, pues los considerandos se sucedían con una regularidad monótona, dando vueltas á las cuestiones en todos sus aspectos, esforzándose en resolver los más leves escrúpulos. El público escuchaba sin comprender bien sin prever todavía cual sería el fallo, porque el pro y el contra iban desfilando uno tras otro estrechándose con ceñida lógica. Sin embargo, parecía, según se avanzaba, que se adoptaba la tesis de Lucas, la falta de perjuicio real para nadie, el derecho que todo propietario tiene de hacer obras en lo suyo si alguna servidumbre no le impide. Y el fallo estalló, Lucas estaba absuelto.

Hubo primero en la sala un momento de estupor. Luego, cuando se comprendió bien, silbidos, gritos de violenta amenaza. A la multitud soliviantada, enloquecida por las mentiras de tantos meses, le quitaban la víctima que le habían prometido: y la quería, la reclamaba para desgarrarla, ya que una justicia evidentemente vendida se la arrebatava en el último momento. ¿No era Lucas el enemigo público, el forastero que venía no se sabía de dónde, para corromper á Beauclair, arruinar el comercio y encender la guerra civil amotinando á los obreros contra los patronos? ¿No había, con un fin de maldad diabólica, robado el agua del pueblo, secado un arroyo cuya desaparición era un desastre para los ribereños? Estas acusaciones las repetía «El Diario de Beauclair» todas las semanas, las hacía entrar en las molleras más duras con venenosos comentarios que creaban la necesidad de inmediata venganza. Asimismo todas las autoridades, todos los señores de los barrios burgueses

las pregonaban entre el pueblo bajo, las ampliaban, les daban el apoyo de su poder y de su fortuna. Y la chusma sometida á tal régimen, ciega, rabiaba, convencida de que una peste iba á salir de la Crèche, ya sentía la sangre en los ojos, ya rugía pidiendo muerte. Puños tendidos, gritos redoblados; ¡muera, muera! ¡El ladrón, el envenenador, muera! Muy pálido, rígida la faz, Gaume permanecía en pie en medio del alboroto. Quiso hablar, hacer despejar la sala; pero tuvo que renunciar á que le oyeran. Y sencillamente, por dignidad, hubo de resolverse á suspender la audiencia, retirándose seguido de los asesores y del fiscal.

Lucas, siempre sonriente, estaba muy tranquilo en su banco. La sentencia le había sorprendido tanto como á sus adversarios, pues no ignoraba en que aire viciado vivía el Presidente; le creía incapaz de justicia. Y era una confortación encontrar un hombre justo entre tantas miserias humanas. Pero al estallar los gritos de muerte su sonrisa se hizo triste; se volvió hacia la turba rugiente, lleno el corazón de amargura. ¿Qué les había hecho él á aquellos modestos burgueses, comerciantes y obreros? ¡No había querido el bien de todos, no trabajaba para que todos fuesen felices, amándose, viviendo como hermanos! Los puños le amenazaban, le abofeteaban con gritos, los muera al ladrón, al envenenador eran más violentos. Aquel pueblo infeliz, extraviado, enloquecido por las mentiras, le causaba un dolor profundo, en la ternura que le inspiraba, á pesar de todo. Pero contenía las lágrimas, quería permanecer en pie valeroso y altivo ante el insulto. El público, que se creía provocado, hubiera acabado por romper la barra de encima si los guardias no hubieran conseguido al fin arrojarlo fuera y cerrar las puertas. El actuario en nombre del